

el poder y la gloria del que va á venir (1). Me parece volver á oír á la muchedumbre aterrorizada y temblorosa gritar: «¿Cómo sostendremos la vista de su Divina Majestad, si sólo el pensamiento de su aparición basta para helarnos de espanto (2)?» ¿Por qué pasar más adelante? ¿No son ya bastantes para nosotros tantos tormentos y humillaciones? ¿Para qué la aparición de ese Dios Juez? ¿Que no venga!... ¡Y hé ahí que llega!... ¡Hé ahí el signo glorioso de su victoria, hé ahí la bandera triunfal que le precede!... ¡La Cruz, rodeada de esplendores, llevada por los ángeles (3)!... A su vista, ¡qué profunda emoción en todo el valle!... ¡Qué gritos, qué sollozos, qué lágrimas! (4) La emoción no es igual para los justos que para los pecadores. Los justos, á la vista de esa enseña de salud, derraman lágrimas de amor y de confianza: los pecadores derraman lágrimas de remordimiento y de espanto. Aquellos saludan á la Cruz, verdadera llave de David, que va á abrirles las puertas del cielo (5). Estos se aterran al ver la Cruz, que se les aparece como la flecha chispeante de que habla el profeta Habacuc, y que debe herirnos como el rayo (6) y precipitarlos en los abismos del infierno.

¡Gran Dios!... ¡Qué multitud tan imponente, y sin embargo, no es nada ante el Supremo Juez!... Deben contarse por centenares de millones los que han vivido sobre la tierra. Pues bien; los ángeles se hallan, con respecto á los hombres, en la proporción de noventa y nueve á uno, es decir, que son noventa y nueve veces más numerosos que los hombres. Hé ahí, pues, esos millares de

(1) Annuntiaverunt cœli justitiam ejus, viderunt omnes populi gloriam ejus. (*Salmo xcvi*, 6.)

(2) Ante faciem frigoris ejus quis sustinebit? (*Ibid.*, cXLVII, 17.)

(3) Tunc parebit signum Filii hominis. (*San Mateo*, xxiv, 30.)

(4) Et plangent omnes tribus terræ. (*Ibid.*)

(5) Clavis David quæ aperit cœlum et nemo claudit. (*Apocal.*, III, 7.)

(6) Splendorem fulgurantis hastæ. (*Habac. Oraç.*, 11.)

millones de espíritus celestes, como el mismo Jesucristo lo había predicho, que se presentan todos absolutamente, sin faltar uno, para hacer la corte al Rey de los cielos y rendirle homenaje en presencia de todos los humanos (1), Helos ahí que descenden en largas filas y se colocan en los inmensos espacios de los cielos.

¡Cuán grande es la gloria y la majestad de ese Señor á quien no he querido conocer, amar, ni servir! Hé ahí sentado majestuosamente sobre un trono de nubes (2); ese trono se halla sostenido por la Sabiduría y la Justicia (3).

¡Ah! ¿Quién podría mantenerse firme ante el terror que inspira su divino semblante?... ¡El infierno, mil veces el infierno, antes que arrostrar su fulminante mirada!... ¡Ah si me fuera dado precipitarme en los abismos eternos, y sustraerme de ese modo á tanta cólera y furor!... (4).

¡Deseos inútiles!... Me veo obligado á encontrarme con Él frente á frente, á sostener su mirada amenazadora, y á contemplar, despavorido y consternado, esas llagas sagradas que despiden tantos relámpagos y tan severas sentencias. Verán, ha dicho el Profeta, al que han traspasado (5): el rostro de Dios pesa sobre todos los que han hecho el mal (6).

El Juez que avanza es verdaderamente el Hijo del Hombre; pero es también Hijo de Dios, y sobre su humanidad resplandece toda la majestad y el poder de la Divinidad. Y precisamente porque es á un mismo tiempo Hijo de Dios, Hijo del Hombre, Redentor y Salvador de

(1) Et omnes angeli ejus cum eo. (*San Mateo*, xxv, 31.)

(2) In nubibus cœli. (*Ibid.*, xxvi, 64.)

(3) Justitia et judicium correctio sedis ejus. (*Salmo xcvi*, 2.)

(4) Quis mihi det ut in inferno protegas me et abscondas me? (*Job.*, xiv, 13.)

(5) Videbunt in quem transfixerunt. (*San Juan*, xix, 37.)

(6) Vultus autem Domini super facientes mala. (*Salmo xxxii*, 17.)

los hombres, y que por todos esos títulos su autoridad es irrecusable, Dios le ha dado el poder de juzgar á todos los hombres (1).

El tribunal se halla establecido en las alturas de los cielos, y hé ahí que se llevan á él los libros de la ley nueva, para confundir á un tiempo mismo á los infieles, los herejes, los cismáticos y los malos católicos. Todos deben encontrar allí su condenación: los unos por haber rechazado aquella ley, los otros por haber alterado su sentido ó arrostrado sus amenazas (2). Al lado del Supremo Juez toman asiento como asesores los doce Apóstoles, sobre doce tronos resplandecientes de claridad (3).

Hé ahí, en fin, colocados en buen orden sobre nubes resplandecientes los Patriarcas, los Profetas, los mártires, los coros de las vírgenes, los confesores, todos los Santos, todos los elegidos, que también ellos deben dar su voto, pronunciar por aclamación la sentencia con el Soberano Juez, y juzgar de ese modo no sólo á los hombres, sino también á los ángeles prevaricadores y rebeldes (4).

Mas como todo juicio, ese juicio debe ser precedido de la acusación. El crimen de cada uno de los acusados debe ser conocido antes de que sea pronunciada la sentencia de condenación. Ese examen y ese procedimiento se hacen exactamente como San Pablo lo había predicho: es decir, que no se interroga á cada uno en particular, ni á ninguno en particular se le intima que confiese su falta. Pero una inmensa luz divina, descendiendo del trono del Soberano Juez, produce una claridad de un esplendor enteramente nuevo, esplendor milagroso que disipa todavía mejor las tinieblas espirituales del cora-

(1) Dedit ei potestatem iudicium facere quia Filius hominis est. (*San Juan*, v, 27.)

(2) Stetit iudicium, et libri aperti sunt. (*Apoc.*, xx, 12.)

(3) Sedebitis super sedes duodecim, iudicantes duodecim tribus Israel. (*San Mateo*, xix, 28.)

(4) An nescitis quoniam et angelos iudicabimus? (*I. Cor.*, vi, 3.)

zón que las tinieblas materiales del cuerpo; esplendor divino, á cuyos reflejos todo lo que parecía sepultado en un olvido eterno vuelve á la luz; esplendor irresistible que revela todos los secretos de los corazones, y presenta la historia de cada uno pintada sobre su rostro. El Juez iluminará hasta las mismas tinieblas, y no dejará ya que existan secretos de conciencia (1).

Por un doble prodigio, el sol de justicia será á un mismo tiempo la luz que ilumina el objeto y el espejo que reproduce su imagen. Del mismo modo que un día el Salvador, para confundir á los hipócritas, trazó con su divino dedo en la arena algunos caracteres en que se hallaban representados como en un cuadro los pecados de los acusadores de la mujer adúltera, de manera que sus conciencias se presentaban allí en descubierto, así ahora, á la claridad de la luz divina, cada uno puede leer distintamente la historia de su propia vida y la de los demás. Se lee en sí mismo, se lee en la mirada del Supremo Juez. Dios no puede estar encubierto, disimulado, ni atenuado. La historia de cada uno se presenta desnuda, tal como ha sido desde la cuna al féretro. A los poderosos destellos de la luz divina, la vista de cada hombre llega á ser tan penetrante como la del mismo Dios, y puede en un instante abarcar en todos sus detalles ó pormenores la historia de cada hombre. El Todopoderoso quiere que en ese día todo sea conocido, porque en ese día todo debe ser castigado ó recompensado: *Libri aperti sunt.*

¡Oh manifestación inefable!... ¡Oh justificación de los planes de la Providencia divina!... ¡Cómo se desenvuelve y manifiesta en ese día toda la economía de la Redención!... ¡Cuán fácil es comprender las razones de los pre-

(1) Illuminabit abscondita tenebrarum et manifestabit consilia principum. (*Ibid.*, iv, 5.)

ceptos divinos, de la justa distribución de las gracias, y de las tentaciones y las pruebas á que cada uno ha debido ser sometido! ¡Cuán bien demostrado está que las vías de la salvación eterna eran fáciles, que á nadie ha faltado la luz para conocer lo verdadero, ni la gracia para practicarlo, y en fin, que cada pecador se ha perdido tan sólo porque ha querido!... Ahora todas las dificultades han desaparecido, todas las dudas se han disipado, todos los daños y todas las injusticias se han puesto de manifiesto.

¿En dónde están ahora el aire desdeñoso del filósofo y del escéptico, la orgullosa sonrisa del impío, la altivez del incrédulo, las leyes dictatoriales del heresiarca, el descaro del libertino? Nadie se atreve ya á sostener como plausibles ciertos sistemas erróneos, como justas ciertas industrias, como legítimas ciertas amistades y relaciones, como perdonables ciertos excesos. Todas las excusas vanas quedan reducidas al silencio, toda iniquidad permanece muda (1). Porque nadie puede sustraerse á la luz que le circuye en lo exterior, y que penetra en lo interior. Cada conciencia es un eco fiel á la voz que viene de lo alto. Cada uno es para sí mismo su acusador y su juez.

Pero la misma luz que descubre todas las secretas abominaciones, revela también lo que hubo acá abajo de santidad encubierta y de virtudes secretas. ¡Gloria, pues, y triunfo en este día para los humildes hijos de la Iglesia, para los fieles observadores de las leyes cristianas! En el mundo fueron mirados como espíritus débiles, como corazones pequeños. Todas sus virtudes fueron calumniadas; su docilidad no había sido más que servilismo; su fe, simpleza y estupidez; su celo, fanatismo; su alejamiento del mundo, extravagancia y misantropía; su

(1) Omnis iniquitas oppilabit os suum. (*Salmo* cvi, 42.)

severidad de costumbres y su vida penitente, necedad ó exageración, y su piedad, superstición ó hipocresía. Mas ahora ha aparecido la luz, y las tinieblas voluntarias se han disipado. Si ha sido arrancada la máscara al vicio, la virtud también aparece como fué en realidad. Su heroísmo brilla en toda su gloria, y las lenguas calumniadoras y sacrílegas quedan reducidas al silencio. El ruego del Profeta ha sido oído: «Que se vuelvan mudos los labios mentirosos que se atreven á hablar contra el justo» (1).

Esa mudez y ese silencio no deben bastar á la gloria de los justos; Dios les ha concedido los homenajes forzosos de los que fueron sus más constantes adversarios (2). ¡Qué indemnización para los justos el tener hoy por admiradores á los mismos que fueron los censores, los perseguidores de sus virtudes! Tales son los trastornos y las mudanzas que Dios sabe hacer. Nombres que el mundo desprecia, y hasta que quisiera cubrir de infamia y de ignominia, son hoy inscritos con letras de oro en el libro de la vida. Los que con frecuencia fueron juzgados con tanta parcialidad é injusticia, son constituidos hoy jueces de sus detractores y envidiosos. Y después de haber sido hollados durante largo tiempo por los impíos y los perversos, son elevados sobre tronos, y pueden á su vez hollar á sus adversarios, como se huella el polvo y el lodo (3). ¡Gran Dios! ¡cuán bien sabéis escoger el tiempo para hacer brillar vuestra sabiduría y vuestra justicia! ¡Cuán bien sabéis, en el momento dado, proporcionar la gloria y el honor de los que son vuestros amigos! (4).

En ese gran proceso del género humano es supérfluo

(1) Muta fiant labia dolosa quæ loquuntur adversus justum iniquitatem. (*Salmo*, xxx, 19.)

(2) Inimici mei mentiti sunt mihi. (*Ibid.*, xvii, 46, y lxxx, 16.)

(3) Calcabitis impios, cum fuerint cinis sub planta pedum vestrorum. (*Malach.*, iv, 3.)

(4) Nimis honorificati sunt amici tui, Deus. (*Salmo* lxxxviii, 17.)

todo examen, toda audiencia de testigos. Es inútil buscar pruebas, arrancar confesiones á los culpables: la gran luz que Dios hace brillar, es suficiente para todo. Los vicios, como las virtudes, son igualmente presentados en toda su desnudez y sin el más ligero velo á las miradas del universo entero. Nada de misterios, excusas, ni subterfugios: inocentes ó culpables; todos aparecen tales como son, convencidos ó justificados sin apelación.

El Supremo Juez, volviéndose sin dilación hácia los que se hallan colocados á la izquierda (1): «¡Retiráos lejos de mí, dice (2), todos los que no habéis querido uniros á mí! Me habéis pospuesto en vuestra estimación á vuestros goces, á vuestras ganancias y á vuestros intereses... No habéis sabido apreciar ni la sangre que derramé por vosotros, ni las recompensas que os mostré en perspectiva, ni los castigos con que os amenacé. No habéis hecho el menor aprecio ni de las luces que os daba, ni de las gracias de que os colmaba á cada instante, ni de la bondad con que procuraba atraeros, ni de la severidad con que os castigaba para conteneros. Apartaos lejos de mí... de mí, que habéis despreciado las gracias, rechazado las luces, profanado los beneficios, arrojado las amenazas y ultrajado la bondad. Apartaos lejos de mí, los que no habéis tenido para mí, en las personas de mis pobres, más que entrañas de hierro: vosotros, que en las personas de esos pobres me habéis rechazado, y dejado desfallecer de hambre y de frío. Apartaos de mí, vuestro Salvador, que lo fuí en vano, vuestro bienhechor, que ya no lo seré, y vuestro último fin, que ya no puedo serlo más que para vuestro tormento.

»No quisisteis mis bendiciones, que mi corazón os ofrecía con tanto anhelo, y me veo en la necesidad de hacer

(1) Tunc dicet his qui à sinistris sunt. (*San Mateo*, xxv, 41.)

(2) Discedite à me. (*Ibid.*)

caer sobre vosotros maldiciones, que vosotros habéis querido y preferido á las bendiciones. No quisisteis mi amor, y mi odio pesará sobre vosotros. No quisisteis el cielo que os estaba preparado, que había sido criado para vosotros, y tendréis el fuego eterno, que no había sido encendido más que para el ángel apóstata y para los cómplices de su apostasía (1). A él le habéis querido por señor, y le tendréis por implacable tirano. Le habéis querido por inspirador y por guía, pues tenedle ahora por compañero de suplicio y por verdugo.»

En seguida, el Supremo Juez se volverá hácia los justos colocados á su derecha: «Vosotros, les dirá, apóstoles celosos, mártires generosos, vírgenes sublimes, penitentes austeros, cristianos fervorosos, almas fieles de todos los tiempos, de todos los lugares y de todas las condiciones; vosotros, cuyo único estudio fué agradarme y procurar mi gloria, cuya única esperanza fué mi paraíso, el único tesoro mi gracia y mis sacramentos; vosotros que me habéis amado no sólo en mi persona, sino también en otros yo mismo, que son los pobres; vosotros que los habéis asistido, ayudado y consolado en sus necesidades y padecimientos, ved ahí el día de las recompensas y de las coronas. Sed benditos en todo vuestro sér, benditos en vuestros labios, que jamás se han abierto para la murmuración, y que deben abrirse para prorumpir en acentos de eterno júbilo; sed benditos en vuestro espíritu extraño para siempre á todo pensamiento vano y eternamente lleno de verdad; sed benditos en vuestros corazones, focos de tantos sentimientos generosos, y en adelante centros de cuanto el amor divino tiene de más suave y delicioso. Sed benditos en todos vuestros sentidos, que tanta parte han tenido en todas vuestras virtudes:

(1) Discedite maledicite in ignem æternum qui paratus est diabolo et angelis ejus. (*San Mateo*, xxv, 41.)

en vuestras manos, que han socorrido al pobre, y en vuestros piés, que corrían á asistirle: venid á recibir todas las bendiciones de que mi Padre me ha constituido el heredero y distribuidor. No habéis querido más que á mí en el tiempo, y no debéis estar separados de mí en la eternidad. Jamás habéis rehusado compartir mis miserias, mis dolores y mis oprobios: me habéis seguido por todas partes, desde Belén al Calvario: justo es que me sigáis á la mansión de mi gloria, y que participéis de mi eterna felicidad. Esa es la herencia que Dios os ha preparado desde el principio del mundo» (1).

Apenas son pronunciadas estas palabras, cuando de todos los puntos del espacio se eleva un grito universal, inmenso, unánime. Todas las bocas, todos los corazones, no tienen más que una sola voz y un solo sentimiento: «Vos sois justo, Señor, y vuestros juicios son la equidad misma» (2).

Ábrense en el mismo instante los cielos, y un nuevo torrente de luz, figurado por la columna luminosa que guiaba á los hebreos hácia la tierra de promisión, indica á los elegidos la vía triunfal. Jesucristo marcha á la cabeza, precedido del glorioso estandarte de su cruz, y los ángeles forman á cada lado una hilera resplandeciente. Todos los bienaventurados, con palmas en las manos, coronas en las frentes, estremeciéndose de júbilo, radiantes de claridad celestial, se elevan por los aires en legiones triunfantes, dirigen una última mirada desdeñosa á la tierra, y se lanzan por los cielos.

Por otro lado ábrese la tierra: por debajo muge el horrible abismo del infierno; suben las llamas y envuelven

(1) Venite, benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum. (*San Mateo*, xxv, 34.)

(2) Justus es, Domine, et rectum judicium tuum. (*Salmo* cxviii, 137.)

en sus torbellinos la inmundada muchedumbre de los reprobos. Cubiertos de confusión, retorciéndose las manos de desesperación, desgarrándose las carnes de rabia, lanzando gritos espantosos, compelidos por la Justicia divina, caen en un océano de fuego. Vuelve á cerrarse el abismo sobre sus cabezas: para ellos ya no hay tiempo, y comienza una horrorosa, una inmóvil eternidad... así como comienza para los justos una interminable eternidad de goces y una inalterable felicidad!...

Tal es, pues, el doble término adonde deben ir á parar todas las cosas humanas: los unos llegan por el camino espacioso y cómodo al suplicio eterno; los otros, por los estrechos y difíciles senderos de la virtud, á la posesión de la verdadera vida, á la vida que no tiene fin (1).

En vista de esa alternativa, ¿dejaremos á nuestras almas sucumbir bajo el peso de los remordimientos y del terror? Nos contentaremos con exclamar: ¡Oh juicio sin misericordia!... ¡Oh condenación sin apelación!... ¡Oh desesperación sin consuelo!... ¡Oh eternidad sin fin!... ¡Oh desgraciados pecadores, que nos hemos engañado para siempre!...

Pero no: no hay para nosotros mal sin remedio: el tiempo de la misericordia no ha expirado todavía. El grande, el temible día de la justicia no ha llegado todavía: aún nos es dado sustraernos á una suerte tan funesta y desesperada.

No tenemos más que adherirnos á Jesucristo, por el exacto cumplimiento de los deberes de nuestro estado, y marchar por el camino de nuestra vocación. Separémonos de la ciudad de Satanás para pertenecer sin re-

(1) Et ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam. (*San Mateo*, xxv, 16.)

torno á la ciudad de Dios. Salgamos de Gomorra antes que el diluvio de fuego venga á sorprenderla y reducirla á cenizas. Así no tendremos que recordar un día, con tardío é inútil arrepentimiento, la meditación de hoy, y este último llamamiento de la misericordia de un Dios Salvador. Así sea.

SERMÓN

SOBRE EL CIELO (1).

Si consurrexistis cum Christo, quæ sursum sunt querite, ubi Christus est in dextera Dei sedens; quæ sursum sunt sapite, non quæ super terram.

(Coloss. III, 1, 2.)

Si habéis resucitado con Jesucristo, buscad las cosas que están allá en lo alto, allí en donde Jesucristo se sienta á la diestra de Dios; aficionaos á las cosas de allá arriba, y no á las de la tierra.

Según San Pablo, la prueba de que por nuestra conversión hemos resucitado á la vida de la gracia, como Jesucristo ha resucitado hoy mismo á la vida de la gloria, es el que no pensemos más que en el cielo, ni tengamos gusto ni atractivo más que para el cielo. La Iglesia también, repitiéndonos esas mismas palabras del Apóstol en la grande solemnidad de este día, nos manifiesta que quiere vernos elevar al cielo nuestros espíritus y nuestros corazones. Dichosos si, secundando sus deseos, no aspiramos en adelante más que al cielo, ni hablamos más que del cielo, bien persuadidos de que ese es el mejor medio de honrar la gloriosa resurrección de Jesu-

(1) Predicado el santo día de Pascua.